

VIVIR A LA LUZ DE LA RESURRECCIÓN

“Yo soy la resurrección y la vida.
El que cree en mí, aunque muera, vivirá;
Y todo el que vive y cree en mí no morirá para siempre”
(Juan 11, 25-26)

Es muy frecuente que las personas que se encuentran en el último tramo de la vida se hagan en el fondo de su corazón esta pregunta: ¿Qué hay después de la muerte?

Desde siempre, la humanidad entera se hace esta misma pregunta. Todas las religiones han intentado y siguen intentando responderla a la luz de su respectiva visión de la vida y de la muerte.

La resurrección ocupa un lugar central en la fe cristiana, y es también la dimensión pero entendida de la fe.

Para empezar, la resurrección no es únicamente un fenómeno de la vida después de la muerte, sino que ya ha comenzado en todas las personas que se sienten amadas por Dios. Porque el amor de Dios es la misma vida de Dios en nosotros; es, pues, una semilla de vida eterna en germinación en nuestra humanidad actual. Mediante su amor, vivimos más allá de nuestros medios, puesto que podemos conocer a Dios con su propio conocimiento y podemos amarlo con su propio amor. Después de la muerte, gracias a la resurrección, la vida divina se manifestará en todo su esplendor.

Pero ¿cómo tendrá lugar la resurrección de la vida tras la muerte? Con la resurrección se manifestará la plena revelación de la vida o la gloria divina en nosotros, no solo en nuestra alma, sino también en nuestro cuerpo. Entonces participaremos de la vida de Dios Padre, que resucitó a su Hijo Jesús mediante la fuerza del Espíritu, permitiéndonos así a todos vencer a la muerte como él y vivir de su vida. No viviremos de la misma vida de Dios en virtud de nuestros propios méritos, sino en virtud del amor con que él nos ama a todos los seres humanos en su Hijo. Él es, Jesucristo, quien, en su carne, ha dado paso de la muerte a la vida y ha prometido resucitar a todos cuantos crean en él.

Como afirma san Pablo, no es fácil imaginar lo que Dios reserva a los creyentes en la resurrección. Lo que quizá pueda acercarnos más al gozo de la resurrección son los momentos de gran felicidad en este mundo. Aunque son un pálido reflejo de esa vida eterna, nos permiten, sin embargo pregonar la bienaventuranza.